

Y Pepita se gira con intención de marcharse.

—Adiós.

Al despedirse, Paulino la retiene sujetándole el brazo:

—Recuerda: patatas, puerros y perejil. Y no hables de esto con nadie. Y menos, delante de la mujer de don Fernando.

Pepita le dice: No, descuida. Pero le hubiera gustado preguntarle por qué no ha de enterarse la señora. Le hubiera gustado decirle que no se atreverá a hablar con nadie, y tampoco con don Fernando. Le hubiera gustado preguntar por qué no lo hace su enlace. ¿Por qué? Pero no lo pregunta. ¿Por qué ella? Y se aleja de Paulino aferrada a su toca, mirando al suelo.

¿Por qué ella?

¿Por qué?

Huir no es tomar el tren. No es siquiera alejarse. Huir no es estar lejos. Pepita apoya su cabeza en la ventana evitando mirar al cerro. Entorna los ojos para alejarse de Paulino. Porque Paulino le ha acariciado el pelo. Le ha dicho que Hortensia también es muy guapa. También, había dicho. Y le apretó el brazo antes de decirle Adiós. Y la miró a los ojos. Y Pepita se niega a mirar al cerro, para alejarse de Paulino, y de la petición que le ha hecho Paulino. Cierra los ojos, aunque sabe que el tren la lleva directamente hacia el lugar del que pretende estar huyendo. Cuanto más se aleja de Paulino, más se acerca a don Fernando, y regresa a Paulino.

—Todavía hay sangre, ¿la habéis visto?

—No han consentido que nadie la limpie.

Los murmullos de sus compañeras de vagón llevan a Pepita al sobresalto.

—¿Qué sangre?

Casi gritó.

—Chiquilla, ¿no has visto el suelo de la estación?

No. Ella no ha visto el suelo de la estación. Ella miraba al suelo, pero no ha visto el suelo.

—Ayer mataron a doce.

—A diez.

—A mí me han dicho que a doce.

Susurros. Susurros al oído se intercambian las mujeres acercando sus cabezas para que Pepita no las oiga. Pero Pepita las oye.

—Yo los vi, y eran doce.

—La partida entera de El Chaqueta Negra.

—No me digas que han matado a El Chaqueta Negra.

—No, El Chaqueta Negra no estaba entre los muertos, él y otro se escaparon.

—Y antes mataron a cinco o seis guardias civiles.

—Cualquiera sabe, eso nunca lo dicen.

—Ni lo dicen ni lo dirán, pero en la huerta de El Altollano me han dicho a mí que El Chaqueta Negra mató a cinco o seis guardias civiles, y que se escapó con otro que va herido.

—Entonces, Paulino es El Chaqueta Negra.

Se le ha escapado en voz alta, a Pepita, pero ninguna de las pasajeras lo ha oído.

Sí, Paulino es El Chaqueta Negra.

Paulino es El Chaqueta Negra. Y la ha mirado a los ojos. Es El Chaqueta Negra, y por eso conoce a don Fernando. Pepita vuelve ahora la mirada hacia el cerro y se pregunta por qué no le habrá dicho Paulino que es El Chaqueta Negra. Ella lleva un mensaje de El Chaqueta Negra.

Al llegar a la estación de Delicias, continúa pensando en Paulino. Baja del tren sin prisa. Sin prisa camina mirando a los novios que han madrugado para abrazarse, los enamorados que se citan en el andén simulando ser

viajeros que se despiden, para evitar la multa por escándalo público a la que se exponen si se abrazan en plena calle. Y sin prisa se dirige hacia el metro, mirando a un lado y a otro, con la cabeza hundida en los hombros. Lleva un mensaje de El Chaqueta Negra. Viaja en el metro mirando de reojo a su alrededor. Lleva un mensaje de El Chaqueta Negra. Y saldrá al exterior atisbando de soslayo a los que suben las escaleras junto a ella. Vigilará a los transeúntes. Recorrerá las calles. Despacio. La Puerta del Sol, Montera, la plaza de Jacinto Benavente. Atocha. Y pisará el umbral de la pensión mirando a derecha y a izquierda antes de entrar. Porque lleva un mensaje de El Chaqueta Negra. Las campanas de la iglesia de San Judas Tadeo darán la media. Las ocho y media. Aún le dará tiempo de limpiar el retrete y de ayudar a la señora Celia en la cocina antes de ir a casa de don Fernando.

Cuando Pepita abra la puerta de la pensión, encontrará a su patrona en el pasillo:

—¿Por qué no me has avisado de que te ibas?

Le preguntará, intrigada, doña Celia, por qué no la ha avisado, ya que Pepita la despierta todas las mañanas para decirle que se va, antes de ir a la estación a recoger carbonilla.

Curiosidad, más que enojo, encontrará Pepita en la voz de doña Celia. Y descubrirá entonces que le tiemblan las piernas y que le cuesta respirar. Descubrirá que le cuesta mantenerse en pie y mirarla de frente. Porque lleva un mensaje de El Chaqueta Negra. Y se sorprenderá al verse allí, en el pasillo de la pensión, porque no recordará haber caminado por las calles, ni haber viajado en

metro, ni haber recorrido el andén de la estación, ni haber llegado en tren a Delicias. Ella sólo recuerda que debe dar un mensaje a don Fernando. Debe ir a casa de don Fernando.

—Estás blanca como la cera, muchacha, ¿qué te ha pasado?

Y Pepita no querrá contestar, porque la cabeza se le ha llenado de espuma, de una espuma muy densa, y escucha a lo lejos un silbido, un tren que se marcha. Ella debe ir a casa de don Fernando. Trae un mensaje de El Chaqueta Negra. Le cuesta oír a su patrona, le cuesta mirarla, le cuesta fijar la vista, le cuesta escucharla, y busca con el hombro la pared.

—¿Dónde está tu lata? No vienes de la estación, ¿verdad?

No querrá contestar. Siente que el silbato del tren atraviesa la espuma de su cabeza. Y ella va en ese tren.

Se va.

Y antes de caer al suelo, se apoya de costado en la pared.

No querrá contestar, pero dirá en un murmullo mientras resbala:

—Traigo un mensaje de El Chaqueta Negra.

Se acerca la Nochebuena. Y doña Amparo ha dejado un mensaje sobre la mesa del comedor, a su marido, a don Fernando. Quiere que le traiga musgo porque va a poner un nacimiento. Y le pide, de paso, que le deje algo de dinero, que ya ha gastado el que le da para la semana y no le queda para comprar el pavo de Navidad y darle un aguinaldo a Pepita.

Don Fernando lee deprisa, rastreando el cariño de su esposa en las palabras escritas en el papel que tiene en la mano. Pero no lo encontrará, no, ni un resto del cariño de su esposa. Se despide de él diciendo que pasado mañana, domingo, no oirán misa en San Francisco El Grande, sino en San Sebastián. Que recuerde que San Francisco, por fin, está en obras, que por fin van a restaurar el altar que destruyó el bombardeo.

Casi dos años lleva don Fernando sin hablar con su esposa. Ya hace casi dos años que se ven tan sólo los domingos. Él la toma del brazo en la puerta de casa y camina hacia la iglesia mirando al frente, devolviendo los saludos de los que se cruzan con ellos, y la sonrisa, como obliga la cortesía. Ése fue el pacto. Don Fernando acompañaría a misa los domingos a doña Amparo, para no dar

El vestido de Hortensia estará listo para el día de Navidad, el vestido que la mujer que va a morir llevará puesto cuando vaya a la muerte. Franela gris, con pequeños ramilletes de flores blancas. Pepita se ha pinchado al dar la última puntada. Distraída, chupa la gota de sangre que brota de su pulgar y mira hacia la calle por el balcón. Es domingo, y está acabando la tarde. La nieve que cayó durante los últimos días se ha convertido en montículos marrones de diferentes tamaños que se derriten al borde de las aceras. Pepita se retira del balcón y se dirige a la cocina. Ensimismada aún, con el vestido de su hermana en la mano, le pedirá permiso a doña Celia para utilizar la plancha:

—¿Me da usted su permiso para planchar el vestido de mi hermana?

—Sí, hija. ¿A ver?, te ha quedado muy bonito.

Y doña Celia la verá llenar la plancha con carbón; la verá comprobar si está caliente con el sonido de la yema de uno de sus dedos mojado en saliva, y deslizar la plancha sobre la tela en recorridos cortos y precisos, mientras ella escucha la novela en el aparato de radio. No le dirá nada su patrona, no interrumpirá el silencio con el

que Pepita maneja el vestido dándole la vuelta para colocar la falda, salpicando las flores con agua en las arrugas que se resisten y repitiendo unos pequeños golpes de plancha después de volver a comprobar con el dedo que continúa caliente. Y no le hablará doña Celia, no porque tenga interés en la historia que está escuchando, no, no será por eso por lo que guarde silencio, ni porque piense que Pepita está ensimismada en el planchado, será porque doña Celia sabe que Pepita no tiene ganas de charla. Y sabe por qué.

Y doña Celia espera.

La observa doblar el vestido, y cómo se pone colorada de repente.

—Los hombres son unos frescos. A lo primero, se acercan como bravos, y luego después te despachan y se van.

No tardará Pepita en tener ganas de charla. Pero aún no es tiempo. Y su patrona lo sabe. Sabe que debe esperar porque las palabras de Pepita aún forman parte de un suspiro. Doña Celia la oye suspirar. Y espera.

—Ay, madre mía.

Pepita regresa al silencio.

Aunque no tardará mucho en dar rienda a sus quejas. Será un poco más tarde, después de la cena, cuando vuelva a ponerse colorada de repente en la cocina mientras seca una sartén con un trapo.

—Echan a correr sin dar más explicaciones. Te arrumban como a un trasto viejo, y ahora paz y después gloria. Y no me lo disculpe, señora Celia, que tiene méneo la cosa. No me disculpe a ese mamarracho, que ese malaje vestido de señorito se ha creído que es la mona

vestida de seda y que el tronío lo regalan con un traje gris perla. Y si pudo venir a pedirme relaciones, bien hubiera podido volver a decirme que olvidara que me las había pedido. Ése se va a enterar. Cuando lo vea, se va a enterar.

Sí, ya tiene ganas de hablar. Y a doña Celia le corresponde intentar consolar a la que no tiene consuelo desde hace dos días, desde hace dos noches, cuando al salir de la casa de don Fernando la abordó un señor con sombrero marrón y le pidió la hora.

—No llevo reloj. Pero si espera un minuto, oirá usted mismamente que dan las nueve.

Dieron, en efecto, las nueve. Y Pepita no oyó las campanadas. Oyó cómo la voz que le había pedido la hora se convertía en un susurro:

—Si yo le pidiera patatas, ¿qué me contestaría usted?

Y oyó su propia voz que, sin pensarlo, contestaba asimismo en un susurro:

—Patatas, puerros y perejil.

—Le traigo un recado de Ave María. Me han dicho que no vaya esta noche, que han tenido que marcharse, y que se lo diga usted al médico.

Sin darle tiempo a contestar, el señor del sombrero marrón alzó de nuevo la voz:

—Las nueve, sí. Gracias, señorita.

Y la dejó en la puerta de la casa de don Fernando.

—No me lo quiera disculpar, señora Celia, no me lo quiera disculpar que no tiene disculpa, que ese mamarracho se ha ido para Francia sin más miramientos.

—Mujer, hay cosas de fuerza mayor.

—Ni mayor ni menor, ni así de medianas le consiento yo a ése las fuerzas, que ése es un sinconciencia y yo he sido una tonta de remate y en mi pueblo las cosas no se hacen así, señora.

Dormirá Pepita esa noche pensando que es tonta y se levantará temprano al día siguiente para ir a la estación a recoger carbonilla pensando lo mismo. Le dirá a su patrona que es hora de que se vaya al cementerio. Y doña Celia le dará un beso, antes de meter unas tijeras en el bolso.

Y el día de Navidad, Pepita se pondrá el uniforme negro que le ha comprado doña Amparo, con su delantal almidonado y sus puños de puntillas, su cofia y sus guantes blancos. Pensará en Paulino cuando se mire al espejo, y cuando vea lo guapa que se ha puesto doña Amparo y los ojos con los que la mira don Fernando. Y servirá la mesa como le han enseñado, ofreciendo las bandejas por la izquierda, primero a las señoras, inclinándose lo justo, sin mirar fijamente a ningún comensal y sin temblar como tiembla doña Amparo al llevarse la copa de cristal a los labios.

Y tiembla doña Amparo porque siente que su marido la está mirando.

Pepita hubiera deseado que Paulino la mirara así.

Después de servir el café en el salón del piano, y de ofrecer polvorones, alfajores, turrone y peladillas en una bandeja de plata, sin mirar el brillo de la medalla que luce en la solapa el padre de don Fernando ni el de los pendientes de su madre, se retira a la cocina y guarda el pavo que ha sobrado en una tartera. Y sonreirá, levemente, porque el pavo de sobra se lo ha regalado su

señora, y esta misma tarde se lo llevará a Hortensia. Y Hortensia lo compartirá con su «familia», como llama en sus cartas a las presas que están con ella; las que se reparten el hambre y la comida. Tomasa, la extremeña que nunca tiene visitas, Reme, la mujer que tiene tres hijas y un niño tontito, y Elvira, la chiquilla pelirroja a la que visita su abuelo. Sonreirá, levemente, porque su hermana se llevará hoy una sorpresa cuando descubra el pavo en el fondo de la lata. Ha sobrado bastante, suficiente para que engañen el hambre hasta mañana. Sonreirá, porque ella compró el pavo más grande que encontró en la Puerta del Sol, y lo arrastró con una cuerda porque el animal no quería andar y pesaba demasiado para llevarlo en brazos. Era un pavo enorme, sonrío Pepita, y ella sabía que los señores no podrían comérselo entero aunque les ayudaran los padres de don Fernando. Sonríe al recordar cómo tiraba de la cuerda mirando su volumen, calculando la carne que sobraría y pensando que doña Amparo es muy generosa. Sonríe, porque la gente la miraba al pasar, y se paraban para ver el espectáculo de aquella mujer tan menuda intentando dominar aquel bicho tan grande. Ella tiraba de la cuerda y reía pensando en Hortensia, con el corte de tela para su vestido en una mano y arrastrando con la otra el destino del pavo.

La actividad de la galería número dos derecha comenzó como siempre temprano. A las siete de la mañana se levantaron las presas. Era el día de Navidad, y era día de visita. Asistieron a misa obligadas, como todos los días de precepto, pero sólo algunas comulgaron. Las demás permanecieron de pie en señal de protesta durante toda la liturgia y escucharon con la cabeza alta las imprecaciones que el cura les dirigió en la homilía:

—Sois escoria, y por eso estáis aquí. Y si no conocéis esa palabra, yo os voy a decir lo que significa escoria. Mierda, significa mierda.

Tomasa, indignada, pidió al salir una asamblea extraordinaria y propuso en ella una huelga de hambre hasta que el cura les pidiera perdón por sus insultos.

—¿Más hambre?

Era Reme, que miró a Hortensia con desesperación en los ojos, como pidiéndole ayuda, como pidiéndole pan.

—Más hambre no, por Dios.

Algunas mujeres apoyaron la idea de la huelga, y Hortensia tomó la palabra:

—Hay que sobrevivir, camaradas. Sólo tenemos esa obligación. Sobrevivir.

La carta que escribió Paulino continúa en el bolsillo de su chaqueta. La escribió para Pepita. Y la olvidó. La olvidó por completo al ver a su abuelo en la puerta de la prisión de Ventas. Ahora la acaricia con los dedos. Y duda. Quizá sería mejor no entregársela. Aprieta la carta que escribió al llegar a casa de Amalia, la salmantina que milita en Solidaridad Obrera, la hija de Sole. Tengo que irme, pero quiero que sepas que, aunque mi gusto sería quedarme contigo, mi deber está por encima de mi gusto, y siempre lo estará. Quizá sería mejor decirle a Pepita que olvide lo que le pidió en la iglesia de San Judas Tadeo.

Aprieta la carta. La arruga.

Y camina junto a Pepita.

El grupo que se había formado para entrar en la prisión se dispersó al salir. Los que habían entrado juntos salieron juntos y se despidieron en la puerta. Cada cual marchó con los que había llegado, pero Paulino le dijo a Felipe que no regresaría con él, que llevaría a su abuelo a casa. Y le pidió a Pepita que les acompañara.

—Si es de tu gusto...

Si es de tu gusto, contestó ella ruborizada mirándole a los ojos. Y ahora que ya se han despedido de don

Javier, caminan juntos. Solos. Y los ojos de un color imposible vuelven a mirarle con rubor mientras él arruga la carta en su bolsillo y Pepita baja la mirada para hablarle a media voz:

—Me pediste una contestación que todavía no te he dado. ¿Quieres que te la dé, o ya no quieres?

—Antes, quiero que sepas una cosa.

—¿Qué cosa?

—Una cosa muy importante, que quiero que entiendas bien.

—Tú dirás.

—Quiero que la entiendas muy bien, ¿comprendes? Si después de lo que voy a decirte no quieres saber nada de mí, lo entenderé, ¿comprendes?

Ella continuó mirando al suelo. La indignación que había sentido al creerse abandonada por Paulino había ido en aumento a medida que pasaron los días. Pero desapareció al instante cuando le vio en la prisión de Ventas. Al verle llegar, se desvaneció el abandono. Se desvaneció el temor a no verle nunca más. Aunque ahora, prende en ella idéntico temor. ¿Qué es aquello que debe saber antes de contestar? Va a abandonarla. ¿Qué debe comprender? No volverá a verla nunca más.

Él volvió a preguntar:

—¿Comprendes?

Ella temió más que nunca al responder de nuevo:

—Tú dirás.

—Soy comunista.

Pepita soltó una carcajada y se llevó la mano a la boca para seguir riendo.

—¿De qué te ríes?

—Yo me estaba figurando que me ibas a decir que estabas casado, o que tenías un chiquillo por esos mundos.

—Qué cosas tienes.

—A ver, como andas por ahí, en la guerra.

—Esto es mucho más serio que un hijo, chiqueta. Soy comunista, y lo seré toda la vida. Voy a Toulouse a ponerme a disposición del Comité Central. Pueden cogerme por el camino y meterme en la cárcel, o pueden matarme, ¿comprendes?

—Mucha importancia te das tú, ¿qué hay que comprender? Yo ya sabía que eras comunista. Felipe es comunista, mi hermana es comunista, y don Fernando, el último que me podía yo imaginar, también es comunista. Hasta la señora Celia es comunista, cómo no ibas a serlo tú.

—Pero yo soy un huido, chiqueta, ando escondido y tengo que seguir escondiéndome. No quiero engañarte, no sé cuánto tiempo seguiré siendo así. Tienes que saber que soy un hombre político y que nadie podrá cambiar mis ideas. Nadie. Esto es una cosa más seria que si hubiera tenido un hijo, y será así hasta que me muera, o hasta que me maten si me tienen que matar.

—Y la mujer que comparta tu suerte ha de ser conforme con eso.

—La mujer que comparta mi suerte ha de saber que la suya puede ser muy negra. Me pueden coger y me pueden matar, nos podemos casar y quedar viuda o me pueden matar sin casarnos. Y tú tienes que pensarlo bien. Yo no sé si tengo derecho a pedírtelo, o si hubiera sido mejor no pedírtelo. Yo no sé cuánto tiempo tendré que seguir escondiéndome.

Ella levantó la vista del suelo. Él le tomó la mano y la pasó bajo su brazo.

—¿Quieres ser mi novia?

Sonrieron los dos. Los dos desearon abrazarse. Ella se colgó de su brazo y comenzó a caminar deprisa.

—¿Adónde me llevas?

—Adonde van los novios de Madrid.

Lo condujo a la estación de Delicias, y cuando llegó el primer tren y descendieron los primeros viajeros, le abrazó.

Y se entregó a su suerte en aquel abrazo.

Algas.

Sus besos fueron algas enredadas en agua de mar. Algas en dos mares que se encuentran.

Algas.

Sí.

—¿Seis mil seiscientas?

—Seis mil seiscientas.

—Están locos.

—Si fuéramos socialistas no nos cobrarían ni una perra chica.

—¿Eso te han dicho?

—Eso mismo, lo primero que me ha preguntado esa rubia es si somos socialistas.

Mientras Felipe y Amalia esperaban a Paulino en la cocina, la militante socialista a la que se refería Felipe aguardaba en la sala de estar. Era rubia, sí. De nariz aguileña y barbilla prominente, vasca, de San Sebastián. La salmantina que milita en Solidaridad Obrera la había llevado a su casa para preparar la fuga de Paulino y Felipe. Pero Paulino no había regresado aún de acompañar a su abuelo, y Felipe obligó a la rubia a sentarse en la sala hasta que regresara. Y la rubia se sentó, después de mantener una breve conversación con Felipe, en la que intentó convencerle de que huir a través de Portugal era imposible. Los que cruzaban la frontera portuguesa eran devueltos de inmediato por los *guardinbas* de Salazar. Lo más sensato era pasarlos por Irún, así lo estaban haciendo

con otros compañeros, y así se lo propuso sin darle otra opción.

—Tú decides, pero nosotros no sacamos a nadie por Portugal.

—Yo no decido solo, hay que esperar a que llegue mi camarada.

—No puedo esperar, habíamos quedado a las ocho y son las ocho.

—No sé a qué viene tanta prisa.

—Oye, los vuestros están cayendo cual pichones, supongo que eso sí lo sabes.

—¿Y qué si lo sé?

—Que sois peligrosos, compañero.

—Esperarás. La espera entra en el precio.

La firmeza de Felipe hizo sonreír a la rubia, que contestó con la misma firmeza:

—Hasta las ocho y cuarto. Espero hasta y cuarto, ni un minuto más.

—Bueno está. Siéntate, ahora vuelvo.

Felipe abandonó la sala, cerró de un portazo al salir, y ya en la cocina, le preguntó a Amalia si la rubia era de fiar.

—Han sacado a muchos, ¿por qué?

—¡Pues no que va y me dice que los nuestros están cayendo cual pichones!

—No me extraña que lo diga. En Madrid estamos cayendo cual pichones, o como chinches, como más te guste.

—Lo que no me gusta es que me lo digan. Y menos, ellos.

—Es de fiar.

—Será de fiar pero es socialista, y antipática como ella sola. No se puede ser más siesa, chiquilla, lleva la mala sombra puesta al derecho en la cara.

—Es de fiar.

Entonces fue cuando Felipe le contó a Amalia que les cobrarían seis mil seiscientas pesetas por sacarlos de España. Entonces fue cuando ella dijo que estaban locos y él le explicó que tenían que pagar porque no eran socialistas.

—¿Tenéis ese dinero?

—Sacamos quince mil en la última acción, en la fábrica de harina.

—Pues entonces, ¿a qué esperas para decirle que sí?

—A El Chaqueta Negra, él es quien decide.

—¿Y tú?

—Yo, lo que él diga está bien dicho.

En ese mismo instante, entró Paulino en la cocina tocándose los labios. Felipe se acercó a él:

—Seis mil seiscientas pesetas.

—¿Qué?

—Los socialistas nos cobran seis mil seiscientas pesetas por pasarnos a Francia.

Paulino abandonó en sus labios los besos de Pepita y se metió las manos en los bolsillos para escuchar a Felipe.

—Seis mil seiscientas, porque no somos socialistas, los muy cabrones.

—¿A cada uno?

—Por los dos.

Y le cuenta que la rubia asegura que puede conseguir filiaciones auténticas.

—De Belchite, como el pueblo entero está destrozado y los papeles del ayuntamiento y de la parroquia se quemaron, a los de Belchite les dan documentos de verdad, que tienen que hacer listas nuevas porque todo ha desaparecido. Nosotros ahora seremos de Belchite, camarada.

—¿Y pueden conseguir salvoconductos?

—Para seis meses.

—¡Para seis meses!

Se extrañó Paulino, porque el máximo periodo de tiempo que cubrían los salvoconductos solía ser de tan sólo un mes.

—¿Cuándo pueden sacarnos?

—Esta misma noche nos pueden empaquetar para San Sebastián en tren; y mañana, en barco para San Juan de Luz.

—Un momento, habíamos dicho por Portugal.

—Imposible, agarran a cualquiera que lo intente.

Después de que Felipe pusiera al corriente de los planes de fuga a Paulino, ambos se dirigieron a la sala donde aguardaba la militante socialista rubia y le comunicaron que aceptaban sus condiciones.

—A las diez vendrán a buscaros, darán tres golpes en la puerta. Habréis de estar preparados a las diez en punto. Y esta vez no se esperará a nadie. Un compañero os traerá los documentos y os llevará a la estación. Cuando lleguéis a San Sebastián, cogéis el tranvía número siete, el de Pasajes. Os bajáis en la última parada y esperáis allí, en la tapia que hay enfrente. Llevaréis una maleta pequeña cada uno, y el sombrero en la mano. Se acercará alguien a vosotros, se quitará el sombrero

y os dirá Madrid. Vosotros le contestáis Madrid. ¿Entendido?

—Perfectamente.

—No podéis llevar armas, ¿tenéis armas?

—Sí.

—Las dejáis aquí, pues. Si os cogen con ellas en el tren estáis perdidos.

Acordaron que el pago de las seis mil seiscientas pesetas lo harían en San Juan de Luz. Y la rubia se despidió diciendo que volverían a verse.

Felipe desconfiaba aún. Le expuso sus temores a Paulino:

—No me fío de esa flamencota. Ni de uno de los pelos de esa rubiales me fío yo. Yo me llevo el naranjero como me llamo Felipe, y mi astra me la llevo también.

—Llevamos casi dos años escondidos, Cordobés.

La respuesta de Paulino sorprendió a Felipe.

—Y eso qué tiene que ver.

Llevaban casi dos años en Cerro Umbría, sí. Llevaban demasiado tiempo huidos. Pero El Chaqueta Negra nunca se había lamentado por ello. El tono de su voz le delató, Paulino no pensaba en las armas al contestar a Felipe:

—Voy a escribir una carta.

Paulino pensaba en la carta que le había entregado a Pepita en la estación de Delicias. Y volvió a tocarse los labios. Deseaba escribirle otra carta. Pensaba en la carta que iba a escribirle. Sacó papel y lápiz. Escribirá. El tiempo que llevo escondido en el cerro no me duele. Me duele el tiempo que podría ser nuestro. Me duele esta noche. Y me dolerá mañana. Me dolerá cada minuto,

hasta que vuelva a verte, chiqueta. Tengo que irme. Y escribirá que desea casarse con ella el mismo día que vuelva. Volveré, escribirá.

Volverá, Paulino.

Pero no podrá casarse con Pepita el día de su vuelta.

Dos cartas. Pepita tiene en su mano dos cartas de Paulino. La primera se la entregó él mismo, después de besarla en la estación de Delicias. Pepita la leyó muchas veces, durante muchos días, y muchas noches. La segunda se la metió Amalia en el bolsillo del abrigo, en la puerta de la prisión, y también la ha leído muchas veces, muchos días y muchas noches. Siempre sonríe cuando las lee, y siempre llora al guardarlas. Ella no sabe que Paulino también sonreía al escribir la segunda carta. Ella no sabe que Paulino controló las lágrimas al meterla en el sobre. No sabe que después sacó un pañuelo doblado del bolsillo y doblado se lo pasó por la nariz a espaldas de Felipe antes de entregarle el sobre a Amalia:

—Cuando vayas a ver a tu madre, dale esta carta a Pepita. Procura que nadie te vea dársela. Hazme este último favor.

—Descuida, nadie me verá.

Al tiempo que Paulino guardaba su pañuelo, Felipe se acercó a él.

—¿Lleva Pepita el mismo interés en ti que tú en ella?

—El mismo.

—Estáis buenos, chiquillo. ¡Válgame el momento para amoríos nuevos!

Se llevó la mano a la cabeza, se rascó. Después le pidió también un favor a Amalia:

—¿Puedes llevar este cuaderno? Es para Tensi, le gusta mucho escribir, y me figuro que ya lo anda necesitando.

Un cuaderno azul. Felipe había comprado otro cuaderno azul, para Hortensia.

—Claro.

—Pero no se lo des a Pepita. Se lo puedes pasar a tu madre, si me haces el favor, y que tu madre se lo dé a Tensi, así le evitamos un susto a Pepita, que a esa chiquilla le da susto de todo.

Eran las diez. Y sonaron tres golpes en la puerta.

—Abre tú, Amalia.

Abrió Amalia.

Sin que le invitaran a entrar, un sacerdote soltó un Ave María Purísima y se coló aprisa en el vestíbulo. Llevaba las cédulas de identificación para Felipe y Paulino. Y salvoconductos válidos para seis meses. Insistió en que debían repetir sus nombres en voz alta.

—Los papeles no servirán de nada si antes os preguntan vuestros nombres y titubeáis un solo instante. Sin pensarlo, hay que decirlo sin pensar. ¿Cómo te llamas?

—Mateo Bejarano.

—¿Y tú?

—Jaime Alcántara.

Un leve movimiento de cabeza, una mínima indicación del sacerdote, fue suficiente para que volvieran a contestar:

—Mateo Bejarano.

—Jaime Alcántara.

—Bien, grabaos en la memoria a conciencia vuestros nombres. Hay compañeros que han caído sólo por eso.

Amalia se despidió de ellos con un abrazo y deseándoles suerte.

—Suerte, Mateo. Suerte, Jaime.

Felipe salió de casa de Amalia llamándose Mateo.

Paulino hizo suyo el nombre de Jaime. Y le gustó.

Durante el trayecto hacia la estación, Mateo se quejó de que no le hubieran permitido llevarse las armas:

—Ir desarmado es lo mismo que ir indefenso.

Lo repitió en la estación, cuando el sacerdote se despidió de ellos. Volvió a repetirlo en Medina del Campo, cuando su tren se detuvo y tuvieron que esperar al que llegaba de Salamanca, que traía demora. Lo repitió en San Sebastián, al tomar el tranvía número siete y al apearse en la última parada. Y lo repitió muchas veces durante las tres horas que estuvieron esperando con el sombrero en la mano.

—Ir indefenso, mismamente.

Tres horas.

Y nadie llegaba a decirles Madrid.

De pie, apoyados contra la tapia, sin perder de vista la parada del tranvía, Mateo Bejarano y Jaime Alcántara fumaron un cigarro tras otro. Apagaron las colillas con el tacón del zapato. Dejaron las maletas en el suelo. Las cogieron. Volvieron a dejarlas. Y se sintieron extraños en sus nuevos nombres, perdidos en sus trajes grises, en su sombrero en la mano, en Pasajes. El que antes se llamaba

Paulino le dio la razón a su compañero aplastando otra colilla contra el suelo:

—Teníamos que haber traído las armas.

—Eso ya te lo dije yo.

El Cordobés apagó también su cigarro, miró hacia la parada del tranvía. Dio unos pasos por la acera. Regresó junto a su compañero y repicó su sombrero contra su pierna a ritmo de taranto:

—¿Qué hacemos si no aparecen?

Ahora es Jaime el que se golpea la pierna con el sombrero.

—Esperaremos un poco más.

—Al pulso que lleva esto, me da a mí que, aparecer, no van a aparecer.

—Si no aparecen, cruzaremos la frontera como sea.

La inquietud de los dos hombres desarmados se centró en un tercero que bajaba del tranvía. Cruzó la calle. Se acercaba. Les miró. Miró después a un lado y a otro. Se colocó junto a ellos, observó sus maletas, se quitó el sombrero y dijo Madrid.

¡Madrid!, contestaron Mateo y Jaime liberando la angustia retenida, entonando a dúo la palabra Madrid como si cantaran un himno. Madrid, volvieron a decir, soltando el aire que les quedaba en los pulmones. Y esta vez pronunciaron Madrid como si se les escapara un suspiro.

—Sígueme.

Mateo se puso el sombrero, cogió su pequeña maleta del suelo y se la entregó al hombre que les había hecho esperar tres horas:

—Aguarde usted una mijita, y sujéteme esto que voy a echar una meada.

—Dese prisa, nos están esperando.

Al cabo de un instante, el hombre que había tardado tres horas en llegar tenía la maleta de Jaime en la otra mano.

—Sujétemela, yo también tengo ganas.

Los dos compañeros le dieron la espalda al hombre que llevaba una maleta en cada mano. Se alejaron de él unos pasos calándose el sombrero, y vaciaron su necesidad contra la tapia.

Un gesto. No era más que una protesta. Un gesto que los dos reconocieron pequeño e inútil. Hablaron de ello en el pequeño barco de motor que los llevaba a Francia, cuando la tarde perdía su última luz y oscurecía el mar. Acodados en la barandilla de estribor, observaron cómo se alejaba la costa española, mientras escuchaban al hombre que había sostenido sus maletas. Era la primera vez que les hablaba, y fueron las únicas palabras que les dirigió durante la travesía:

—Ya estamos en aguas francesas.

A la derecha, Jaime y Mateo observaron la silueta de una montaña.

—Chiquillo, lo último que hemos hecho en España ha sido mear.

—Contra una tapia.

Cuando Pepita recibió una carta remitida por Jaime Alcántara, temió que un desconocido le enviara malas noticias. Venía de Toulouse. Pero al comenzar a leerla, reconoció de inmediato la letra de Paulino, y dedujo que el nombre era también una forma de esconderse.

—¿De quién es, que se te ha puesto esa cara, niña?

Doña Celia preguntaba desde el final del pasillo, con una taza de desayuno en la mano.

—Es de Francia.

La alegría de Pepita despejó la curiosidad de su patrona. Doña Celia se apoyó en el quicio de la puerta, se acercó el borde de la taza a los labios y sopló repetidas veces sin dejar de mirar a la joven. Pepita continuó leyendo. Sonrió. Jaime descubría a Paulino al mencionar en la carta la estación de Delicias y la iglesia de San Judas Tadeo. Se descubría, sólo para ella, después de inventar que era maquinista de tren, que le pesaban los cinco años que llevaba viajando en Francia, que el último viaje había sido muy largo y se sentía cansado, pero se encontraba bien. Jaime inventaba su vida, para que Paulino pudiera escribirle una carta a Pepita. Y ella imaginó que aquella historia era una sucesión de mentiras que

hacia el reloj de pared del pasillo, le dará cuerda sin perder la sonrisa.

Y subirá las escaleras despacio.

Pisará fuerte, para que doña Amparo sepa que está subiendo.

Por fin está subiendo.

Y doña Amparo oirá los pasos que suben, los oirá con claridad. Está subiendo. Su marido está subiendo las escaleras de la torre.

Por fin está subiendo.

Y ella comenzará a bajar.

Todas las mañanas, antes de acudir a la estación a recoger carbonilla, Pepita irá a la prisión de Ventas a preguntar por Hortensia, tal y como le indicó Mercedes el día que nació la niña. Y todas las mañanas le contestarán lo mismo:

—Tu hermana está bien, la han llevado al pabellón de madres. Ven el día de visita.

—¿Se sabe ya cuándo...?

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo la sacan?

—Ya está bien, ¿no? Te he dicho que eso no se pregunta, y que vengas el día de visita. ¿Es que no te cansas de preguntar?

No había modo de saber hasta cuándo permitirían que Hortensia amamantara a su hija. No había modo, pero Pepita no se cansaba de preguntar.

—Es por la niña, ¿sabe usted? Yo soy su tía y soy yo quien me la tengo que llevar cuando saquen a mi hermana. No sea que vaya a ser que crean que no tiene a nadie, pero me tiene a mí. Es por eso, y por nada más que por eso, que preciso saber cuándo...

—Ya lo sé, ya lo sé, me lo has dicho mil veces y mil veces te he dicho yo que aquí eso no se pregunta. ¿Te has enterado ya?

—Sí, señora.

—Pues, hala, ahora vete y vuelve el día de visita.

Sí, señora, volvía a decir Pepita, y se marchaba tranquila sabiendo que a su hermana le habían concedido un día más.

Pudiera ser que se apiadaran de Hortensia y, a pesar de que le habían denegado el indulto, la dejaran vivir. Pudiera ser. Incluso podrían olvidar que estaba pendiente su pena. Pudiera ser que no se acordaran de ella.

Pero se acordarán de ella.

Durante un mes y medio, Pepita acudirá por las mañanas a la puerta de la prisión. Los días de visita verá a Hortensia en el locutorio, siempre con su hija en los brazos, preguntando siempre si Pepita le trae noticias de su marido:

—¿Sabes algo de él?

—¿Qué?

Alzará a la niña envuelta en una toquilla blanca que le han tejido sus compañeras de galería, Elvira, Reme y Sole.

—Dile que es rubia, y que tiene los ojos celestes como tú, y como madre.

Pero Pepita no oye a Hortensia, ni puede ver a la niña. No puede distinguir más que un bulto en la penumbra, enrollado en una toquilla, detrás de las telas metálicas. Grita, para intentar que su hermana le oiga decir que la niña es muy guapa.

—¡Es muy guapa, muy guapa!

Aunque no sabe si es muy guapa.

Al cumplirse un mes y medio del nacimiento de la niña, cuando Pepita lleguè temprano a la puerta de la prisión para preguntar por Hortensia, la portera no le contestará que regrese el día de visita.

—Espera aquí un momento.

—¿Qué pasa?

—Nada, tú espera aquí.

La funcionaria con moño en forma de plátano aparecerá al cabo de unos minutos. Le entregará a Pepita una bolsa de labor, y a la niña que lleva en los brazos. Y entonces Pepita sabrá que esa misma mañana regresará su luto riguroso.

Cuando llegue con su dolor a la pensión, doña Celia la estará esperando. A su rostro asomará la angustia de buscar palabras que sirvan para nombrar la muerte. Pero al ver a la niña en brazos de Pepita, sabrá que no es necesario nombrarla.

—Le he lavado la cara.

Le he lavado la cara, le dirá.

—Y le he cerrado los ojos.

Y le ha cerrado los ojos.

Y le entregará un pequeño trozo de tela cortado a tijera.

Un trozo de franela gris, con florecitas blancas.

La Guardia Civil fotografió el cadáver de Mateo, y el de cada uno de los guerrilleros que murieron en El Pico Montero, y expuso las fotografías en los escaparates de las tiendas de todos los pueblos de El Llano. Seis hombres. Y una chiquilla. Los rumores que corrían señalaban la trampa en la que caerían los que reconocieran a sus muertos. Sólo unos pocos confiaban en que les entregarían los cadáveres, y no serían detenidos ni interrogados. Los demás miraban los retratos procurando controlar la emoción para que su rostro no les delatara al conocer la muerte de los suyos. Miraban. Guardaban silencio y se alejaban sin un gesto de dolor, sin una lágrima.

En casa, a escondidas, llorarán. Rezarán por ellos a escondidas. No hay duelo si no hay difunto. No encararán ninguna misa, ningún responso, ningún funeral para sus muertos. Sus muertos no les pertenecen. No se pondrán de luto. Y no habrá redoble de campanas.

—No vayas.

Era un ruego inútil, y doña Celia lo sabía. Pero volvió a rogar:

—No vayas.

Los rumores habían llegado a la pensión Atocha. Pepita estaba recogiendo las migas de pan negro en su bolsita de terciopelo cuando el sepulturero llevó la noticia. Dicen, dijo, que detienen a todo el que reconozca a algún muerto y que a una mujer se la llevaron porque aseguró que ningún retrato era de El Chaqueta Negra. Un guardia civil la cogió del brazo y no dejó de empujarla hasta que llegaron al cuartelillo. Ahí dentro me vas a decir cómo tiene la cara ese bandolero y por qué lo sabes tú.

—¿Y era El Chaqueta Negra?

—No sé, nadie lo sabe, y digo yo que el que lo sepa se cuidará de ir diciéndolo.

Cuando se vaya el sepulturero, Pepita le pedirá a doña Celia que cuide de Tensi mientras ella se acerca a ver esas fotografías.

—No vayas.

Pepita no atenderá al ruego de doña Celia, aunque doña Celia insista:

—No vayas.

Saldrá de la pensión Atocha. Cerrará la puerta sin escuchar la voz que sigue implorando:

—No vayas.

Irá.

Va a tomar el mismo tren que la llevó hacia Jaime Alcántara cuando se llamaba Paulino. Y en la estación de Delicias, recordará los besos que se dieron.

Algas.

Subirá al último vagón, y se sentará en el último asiento sin advertir que en el primero se acomoda Reme aferrada al brazo de Benjamín.

Viajará asomada a la ventanilla, sudando sin notar calor, apretándose las manos sin sentir sus dedos, mirando sin ver un paisaje de mediados de agosto, amarillo y doliente.

Bajará al andén donde un día pisó sangre sin saber que la pisaba, y se dirigirá hacia el escaparate más próximo sin mirar atrás. Sin ver que Reme ha descendido del tren sujetándose el vientre, ni que Benjamín la lleva por los hombros y pregunta al jefe de estación por el aseo, porque Reme está enferma.

Caminará deprisa.

Apretará los labios.

Seis hombres y una chiquilla. Siete fotografías. Siete muertos.

Y unos ojos azulísimos que buscan ávidos en un escaparate.

Una pareja de guardias civiles hace su ronda y se detiene en la puerta de una mercería.

—¿Conoces a alguno, guapa?

—No.

Mintió. Conoce a uno. Sólo a uno. Tiene los ojos cerrados y la boca abierta.

Los guardias civiles buscan el amparo de una sombra. Bajo el toldo de la taberna contigua a la tienda, observan cómo Pepita se da media vuelta. El vuelo de su falda le acaricia las piernas.

Se va.

Un escalofrío le recorre el cuerpo. Conoce a uno. La primera fotografía, arriba a la derecha.

—Adiós, bombón.

Ella se marcha sin mirarlos. Lleva en sus ojos azules el rostro de la muerte. Y ellos miran sus pantorrillas.

Pepita camina controlando sus pasos. Piensa en Tensi. Su tacón izquierdo encuentra un adoquín que sobresale en el suelo. Recupera la compostura después de un ligero quiebro y atraviesa la plaza sin ver a Reme. Sin ver que Benjamín abanica a su esposa mientras ella se enjuga el sudor del cuello con un pañuelo. El malestar de Reme les ha obligado a buscar un banco a la sombra.

Hace días que Reme está enferma pero cuando los rumores de la exposición de fotografías llegaron a la calle Hermosilla, se levantó de la cama y quiso ir a verlas. Necesitaba saber si la chiquilla era Elvira.

—¿Estás mejor?

—Sí, vamos.

Pepita doblaba ya la esquina cuando Benjamín ayudó a Reme a levantarse del banco.

La mirada de Reme no se detuvo en los rostros de los hombres. No reconoció al marido de Hortensia. Tampoco Benjamín supo que la primera fotografía, arriba a la derecha, pertenecía al hombre que entró con él al locutorio, un día de Navidad, cuando su hijo y su nieto vinieron desde León y Pepita consiguió que les dejaran entrar a todos a la prisión de Ventas.

De los labios de Reme escapó un suspiro. La chiquilla no es Elvira.

Los guardias civiles la oyen suspirar:

—¿Qué le pasa, señora, la conoce?

—No.

—Pues tiene usted la cara descompuesta.

—Es que está enferma.

—¿Y no será que se ha puesto enferma de ver a estos?

—No, señor, venía ya mala.

Reme se sujeta el vientre con las dos manos y se dirige aprisa hacia la taberna. La sigue Benjamín, y la pareja de la Benemérita. Ella preguntará por el retrete, él pedirá un agua de limón para su esposa.

Cuando lleguen a la estación, el tren estará a punto de marchar. Pepita se ha sentado ya en el primer vagón, ellos subirán al último.

No es Elvira. No es Elvira. Reme lleva en los ojos aliviados la imagen de Elvira moviendo su melena roja.

Benjamín lleva en los suyos el horror, los ojos cerrados y la boca abierta de una de las hijas de El Tordo.

El que tiró de Celia para hacerla bajar de la roca fue El Chaqueta Negra. Huye, le dijo, corre, corre. Y ella corrió. Corrió. Sin mirar atrás y sin esperar a su hermano. Corrió, con el disparo del naranjero de Mateo retumbando en sus oídos. Sin oír nada más. Un disparo, como un grito. Un alarido que la atravesó por dentro, que la atraviesa mientras corre junto a los demás en desbandada. Corre. Apenas unos pocos quedan atrás. Corre monte abajo con la pistola en la mano y la cantimplora vacía en bandolera. Su hermano organiza la fuga instando a los que huyen, gritando que no abandonen las armas, citándolos en el campamento de reserva, la base de retirada para situaciones de emergencia. Pero ella no mira hacia atrás. No oye a su hermano. No oye más que el naranjero de Mateo. Ese disparo, y sólo ése, es el que la hace correr. Corre. Huye de un grito que la desgarró mientras corre. Lloro. Corre. Siente que se ahoga. Suda. Tose. Huye hacia El Llano. Tropieza. Caer. Se levanta. Corre. Corre aunque las piernas no aguanten su carrera. Hacia El Llano. Aunque le falte el aire. Hacia El Llano. Corre. Sin mirar a los que han tomado otro camino. Hace calor. Corre. Vuelve la mirada. Y está sola. Corre

—Si tú quieres ir, nos vamos.

—¿De verdad?

—Yo voy donde tú quieras, chiqueta.

La sonrisa de Pepita hizo sonreír a Jaime.

—Tengo una casa. Y la llave de la casa. Habrá que comprar algunos muebles, el dormitorio desde luego, que yo quiero mi propia cama y mi propio colchón. Nos casamos, y nos vamos a Córdoba.

Ella soñaba. Y él la dejaba soñar.

El semblante de Pepita perderá la expresión de entusiasmo poco a poco. Se tocará la barbilla mientras desciende sin prisa de su ensoñación. Apartará el mechón de su frente con un leve gesto de melancolía, dirá que aún hay tiempo para pensar en la casa y le preguntará a Jaime por la salud de su abuelo:

—Cómo está, ¿ya está bueno del todo?

—Mi abuelo ha muerto.

—¡Dios mío!

—Me mintió.

—No digas eso.

Le mintió, sí. En sus cartas siempre le decía que se encontraba mejor.

—No me permiten escribirle a mi hermana. Te he dejado un estuche de madera, para que lo rifes en el Rastro.

Pepita sacará una carta de la prisión, en el compartimento lateral de un estuche de madera que rifará en el Rastro una mañana de domingo. Llevará la carta a Puerta Chiquita y desde allí se encargarán de enviarla a Praga.

La carta tardará más de dos meses en llegar a manos de la chiquilla pelirroja que dejó de parecer un muchacho, pero llegará. Y Jaime sabrá que ha llegado cuando reciba la contestación en el fondo de una cesta que le llevará Pepita en su próxima visita, dentro de un año.

La respuesta de su hermana hará que Jaime descubra en el tiempo pasado un espacio en blanco que sólo puede llenar con palabras. Palabras. Las palabras que Celia escribirá al recibir la carta de Jaime, en Praga. Palabras que le harán saber que la carta ha llegado, que ella la ha tomado en sus manos emocionadas. Y la ha leído, en el comedor de su casa, ante la mirada atenta de su marido. Palabras que le harán saber que Elvira sigue llamándose Celia.

Su hermano la llama chiqueta. Querida chiqueta. Le dice chiqueta y le anuncia que don Javier Tolosa ha muerto. Nuestro abuelo ha muerto, querida chiqueta.

Un quejido escapa al aire. En Praga. Un suspiro. Celia se refugia en los brazos de su marido. Busca consuelo en su fuerza, en las manos que ciñen su espalda, en la seguridad que le inspiran las palabras que susurra a su oído:

—Tú podrás con todo, Celia Gámez.

Podrás con todo. Y Elvira escribirá a su hermano. Y llenará de palabras el vacío de los años que llevan sin

verse. Le contará que después del desastre de El Pico Montero, ella continuó en la lucha, y tras el fracaso del Valle de Arán se unió a los guerrilleros que vinieron de Francia. Le contará que la falta de apoyo a la guerrilla la obligó a desistir. Le contará que se enamoró de El Peque el día que mataron a Mateo. Recuerda bien ese día. Corrió monte abajo con la pistola en la mano llorando la muerte de Mateo.

Y se perdió.

Entre unos matorrales la encontró El Peque. Su mirada negra la atravesó de nuevo. Él le entregó su ternura. Ella dejó de llorar entre sus brazos. Cuando la noche se cerró sobre ellos, El Peque le anunció que iba a regresar a El Pico Montero; quería recuperar las armas y las municiones que habían abandonado en el depósito de abastecimiento.

—Voy contigo.

Y regresaron al cerro.

La Guardia Civil había dejado retenes de vigilancia en el campamento. El Peque los descubrió. Celia no sabe cómo. Sólo sabe que cuando los dos se arrastraban por la cara norte, él giró la cabeza, se caló el sombrero que siempre llevaba puesto, aplastó el fusil contra su mejilla, le señaló la hendidura de unas rocas próximas, y le indicó con la mano que le siguiera. Al llegar al escondite, habló en voz baja, muy baja, dibujando las palabras en sus labios:

—Hay retenes de vigilancia. Tú espérame aquí. No te muevas por nada del mundo hasta que yo vuelva.

Celia permaneció escondida en el entrante de un canchal durante horas. Y El Peque no volvió.

Dos meses después, cuando Celia se incorporó a la Agrupación Guerrillera de Extremadura y Centro, le dijeron que El Peque había muerto intentando recuperar las armas de El Pico Montero.

Celia describirá a su hermano la inmensa tristeza de los camaradas al dar la noticia, y el luto que llevó ella por dentro durante diez años. Levantará la vista del papel recordando su dolor.

Escribirá, para que su hermano lea una carta dentro de un año. Para que el vacío del tiempo se llene de palabras. Para que Jaime reciba, dentro de un año, contestación a la carta que Pepita lleva en el lateral de un estuche de madera que rifará en el Rastro. Escribirá Celia, recordando una sonrisa, la de El Peque, en una noche de agosto calurosa y lejana. Recordando la ternura de una mirada buscando la suya entre los matorrales, cuando ella apartó las ramas y El Peque sonrió.

Escribirá, rememorando el frío de otra noche menos antigua, cuando el Partido consideró necesario la disolución de las agrupaciones guerrilleras y la enviaron a Checoslovaquia, y llegó a Praga agotada de un viaje en tren hacia el exilio.

En la estación te espera un camarada, es bajo y lleva sombrero, le dijeron.

Y a él le encargaron que fuera a recoger a una española que llegaba a las nueve. Una camarada que llevará un lazo rojo atado al asa de su maleta de cuero marrón.

Un año tardará en saber Jaime que Celia llegó a Praga con un lazo en la maleta de su madre.

Y al bajar al andén, Celia se encontró con El Peque. Él se sorprendió al verla, le sonrió.

Los dos se sorprendieron al verse.

Celia recibió la mirada oscura de El Peque, su ternura. Y dejó en el suelo la maleta, y la huella de otro viaje.

—Vamos, vamos. ¿A qué vienen esas lágrimas?

—¿Por qué no volviste a buscarme?

—Fui, pero ya no estabas.

—¿Sí?

Sí, El Peque regresó al canchal al amanecer, apenas quince minutos después de que Celia decidiera abandonar su escondite. Unos meses más tarde, cuando se incorporó a la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón, a él también le dijeron que Celia había muerto, que le habían aplicado la «ley de fugas» intentando alcanzar la frontera francesa por los Pirineos. Diez años pasaron los dos creyendo que el otro había muerto. En la estación, Celia no podía controlar el llanto.

—Vamos, Celia, Celia Gámez.

—Esto está tan lejos, y yo ya no puedo más.

El Peque la abrazó.

Ella sintió sus manos rodeando su espalda. Y su voz en su oído.

Podrás con todo, le dijo, y podrás conmigo.

Un año tardará Jaime en saber que Celia y El Peque se casaron en Praga. Un año tardará en llegar la carta de Celia. Un año tardarán las palabras que aliviarán el desasosiego de Jaime, su desolación de horas marchitas, de noches huyendo de un sueño repetido donde las flores de un vestido caen al suelo.

—¿A Córdoba?

—Aquí ya no cabemos, señora Celia. En cuanto salga Jaime, nos vamos. Yo quiero mi casa, y él también.

—Si es cuando salga Jaime, ya hablaremos, aún queda mucho tiempo, hija.

—Ya está hablado, nos iremos a Córdoba.

Las dos mujeres charlaban mientras iban y venían de la cocina al comedor cargadas de platos y vasos, preparando las mesas para la comida.

—¿Jaime querrá irse a Córdoba?

—Me ha dicho que él va a donde yo quiera.

—¿Y Tensi? ¿Os llevaréis a Tensi?

Tensi leía los diarios de su madre en su rincón preferido. La luz del balcón iluminaba su perfil ensimismado. Pepita la observó mientras llenaba una jarra de cristal en el fregadero, bajo el grifo de agua fría. Le gustaba ver la expresión de su rostro cuando se abstraía en los cuadernos azules. Sentía que la madre acompañaba a la hija. Que las dos se unían a través de las palabras que Hortensia escribió para Tensi. Hace años que las lee en voz baja, arrimada siempre al mismo balcón. Pepita siente al verla que su madre también la está viendo. Y sonríe,